

El devenir de los sueños

Seudónimo: Amor vincit omnia

“Tú justificas mi existencia...”

Luis Cernuda

Le había salido algo torcido, pero a Guillermo no pareció importarle demasiado. Ahora le tocaba grabar sus nombres, sus nombres y aquel mensaje que subsistiría al paso del tiempo, durante toda la vida que acompañara a aquel álamo blanco que se erguía en la ribera del estanque, quizá cien, o ciento cincuenta años, no tenía ni idea del tiempo que podían llegar a vivir aquellos árboles. Marcó con la navaja el nombre de ella sobre las aurículas de aquel corazón torcido y luego el suyo en la parte inferior. Águeda y Guillermo. Muy despacio, en los laterales, cinceló las palabras “Te amaré” y “Siempre”. Luego, tras tallar la fecha con seis dígitos y dos guiones, se alejó unos pasos para ver el resultado de su obra. El sol del fin de la tarde incidía sobre el tronco en haces dorados, en restallidos saturados de luz ocre que reverberaban sobre las lágrimas de savia arrancadas tras aquella corteza tatuada con el acero de su navaja. Guillermo escupió al suelo y sonrió desplazando sus labios cerrados hacia la quijada derecha. A Águeda le gustaría aquella demostración de amor y por el árbol no había que preocuparse, cicatrizaría enseguida, no había más que ver cómo se encontraba toda su parte inferior, desde el suelo hasta los dos metros de altura, toda aquella blanda, pálida corteza labrada con fechas, corazones, aspás, nombres apenas legibles, cruces de linajes diversos y algún que otro dibujo obscuro. Era la alcabala a pagar por ser el único álamo blanco adulto de la ribera del estanque, todos los enamorados querían dejar allí testimonio de la eternidad de su pasión. Tomó varias fotografías de aquel corazón torcido y se alejó, lentamente, convencido de lo sorprendente que se quedaría Águeda cuando las viera.

.....

Guillermo terminó la carta. La había escrito sobre un pliego de papel en color marfil, utilizando un bolígrafo de tinta indeleble, sí, quería que sus sentimientos hacia Águeda permanecieran inalterables, que ella supiera que, jamás, nada ni nadie podría hacerlos variar. El latir de aquel amor era lo que le movía cada mañana, lo que consumía cada instante de su existencia. Su trabajo en un almacén del polígono estaba bien, era lo que le generaba cierta estabilidad económica, pero para Guillermo, la vida solo tenía sentido si Águeda se encontraba a su lado. Una carta y unas rosas. Aquel sería su regalo de cumpleaños. Pero no compraría las rosas en una floristería. Las conseguiría por sus propios medios, las robaría si fuera preciso. Eso daría más valor, más autenticidad al regalo. En el parque, cerca del estanque y del álamo blanco, medraba una rosaleta junto a unos granados de hojas bruñidas y troncos del color de la arena. Comenzaba el otoño y muchas rosas estaban ya marchitas, pero consiguió aún recolectar una docena con los pétalos apretados. Las espinas hirieron sus manos, pero Guillermo recogió esa pequeña cantidad de sangre en un pañuelo de papel que luego ató con un hilo de bramante al ramo de rosas y al sobre. Al sobre que contenía aquella carta escrita con tinta indeleble sobre un pliego de papel en color marfil. El hombre escupió al suelo y sonrió desplazando sus labios cerrados hacia la quijada derecha. Le gustaría, sí, Águeda estaría sonriendo toda la tarde, ningún regalo podría albergar más amor, más sentimiento, más sensibilidad.

.....

Le gustaba verla dormir, sentir en las mejillas su respiración leve, acariciar su cabello negro, imaginar que formaba parte del devenir de sus sueños, aspirar el aroma a jazmines en aquellas sábanas de color malva. Guillermo no necesitaba nada más para ser feliz, se conformaba con poco, o con demasiado, quizá. Ella era todo lo que un hombre podía anhelar, nunca lograría soportar su ausencia. La ausencia de Águeda. Besó su frente, se acercó a la cocina y preparó un café, solo y sin azúcar, Guillermo prefería tomarlo así, apreciar su amargor, aquella textura delicadamente oleosa, su aroma gratificante. Amanecía. Dejó a Águeda durmiendo y marchó al trabajo, a aquel almacén del polígono industrial donde inventariaba mercancías, donde

trabajaba solo para seguir pensando en ella, en su amor. Siempre urdiendo planes para sorprenderla, para que se sintiera feliz. Aquel almacén no era lugar para hacer amigos, los compañeros le miraban con desconfianza, como si no pudieran desprenderse de los problemas que enturbiaban sus tristes vidas. Su jefe, además, los tenía sometidos a una estricta evaluación de productividad y no podían evadirse ni un instante de aquellas alienantes tareas. Pero Guillermo tenía su secreto, la alquimia mágica que contrarrestaba lo mezquino de aquellas jornadas laborales, sí, la tenía a ella, a cada momento, en su mente, sonriéndole, animándole, vamos, que ya solo quedan cuatro, tres, dos horas para volver a vernos. El hombre sonrió desplazando sus labios cerrados hacia la quijada derecha. Por la tarde, cuando saliera del almacén, le compraría unos bombones de chocolate negro. Eran los que más le gustaban.

.....

Debía de ser un error. Cuando le ajustaron los grilletes, el chasquido del cierre del acero sobre las muñecas se cernió por entre las cajas de mercancías que se apilaban en el almacén. Mientras le conducían hacia el coche de la policía, Guillermo escupió al suelo y sonrió desplazando sus labios cerrados hacia la mejilla derecha. Acoso y allanamiento de morada. Estaban todos locos. Le acusaban de haber introducido las fotografías del corazón torcido grabado en el álamo blanco bajo la puerta de Águeda, de dejarle en la ventana entreabierta un ramo de rosas junto a una carta en papel color marfil y un pañuelo ensangrentado, de colocar una caja de bombones sobre el aparador del vestíbulo mientras ella regaba la madreselva del jardín y podaba las adelfas, de introducirse con nocturnidad en una vivienda ajena y habitada para merodear por sus estancias. Total, por estar unos minutos en la alcoba de Águeda para acariciarle el cabello y sentir su respiración en las mejillas, por darle un casto beso en la frente mientras aspiraba el aroma a jazmín de aquellas sábanas de color malva, por prepararse un café solo y sin azúcar en la cocina de ella antes de irse a trabajar. Pero lo que más le dolió fue que le aseguraran que Águeda no le conocía, que jamás le había visto, que nunca habían cruzado palabra alguna. Él, que solo deseaba fluir en el devenir de sus sueños, de los sueños de Águeda, de su amada.

Ya en la comisaría, Guillermo recordó el corazón torcido tatuado sobre el álamo blanco, en cómo el sol de la tarde incidía en restallidos ocre sobre las lágrimas de savia arrancadas de aquella corteza blanda, pálida. Te amaré. Siempre. Un mensaje que subsistiría al paso del tiempo y de las estaciones, aunque Guillermo no tuviera ni idea de cuántos años podría llegar a vivir un árbol como aquél. No era justo. No podía ser que le encerraran por intentar vivir un sueño, el único sueño que hacía algo más soportable su estancia en este mundo.